JUAN CABRÉ AGUILÓ Y LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE ÍLLORA: ANÁLISIS HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICO DESDE SU LEGADO FOTOGRÁFICO

JUAN A. PACHÓN ROMERO Y JAVIER CARRASCO RUS *

RESUMEN

La importante documentación, procedente del legado fotográfico de don Juan Cabré Aguiló (1882-1947), ha facilitado el desarrollo de este trabajo en torno a la desconocida necrópolis ibérica de Íllora. Yacimiento del que solo se conocían algunos repertorios metálicos de sus ajuares funerarios, así como algunas cerámicas descontextualizadas de difícil filiación. La recuperación de algunas viejas fotografías del sitio, junto al reconocimiento del terreno por parte de los autores, ha llevado a la más precisa determinación de los lugares de enterramiento de los antiguos iberos del lugar, explicando al mismo tiempo el sentido de este espacio necropolar y sus posibles orígenes en tiempos mucho más remotos que los propiamente bastetanos.

Palabras Clave: Ibérico, Bastetano, Falcata, Puñal de Frontón, Bronce Final, Necrópolis.

ABSTRACT

The important documentation from the photograph archive belonging to D. Juan Cabré Aguiló (1882-1947), help us to carry out this research about the unknown Iberian necropolis of Illora. From this site, only a few metallic pieces from grave goods and some pottery vessels without context were known. The recovery of old photographs of the site allow us to determinate precisely the place in which burials were located, explaining the meaning of this space and the origins in the period previous to the bastetans.

Keywords: Iberian, «Bastetano», «Falcata», Dagger, Necropolis, Late Bronze Age

* Universidad de Granada, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, japr@arrakis.es y jcrus@ugr.es

PRECEDENTES

La muy reciente puesta al día del legado fotográfico que nos dejara el arqueólogo Juan Cabré Aguiló [1], nos llevó a la pista de un interesante descubrimiento arqueológico de carácter básicamente ibérico que se había producido a principios del siglo XX, en las cercanías de Íllora, y que creemos alcanza una indudable importancia, por lo que ya le hemos dedicado ciertas consideraciones en otro sitio [2]. El hallazgo estaba constituido por un conjunto de elementos metálicos, básicamente en hierro, en el que se incluían varias armas que debieron formar parte del atalaje de uno o varios guerreros ibéricos, junto a una pequeña representación de fíbulas de bronce y, además, algunas vasijas cerámicas que aún no sabemos si podrían asociarse directamente con el armamento que acabamos de señalar.

Los datos historiográficos transmitidos sobre la aparición de este *corpus*, no han sido nunca muy claros, pudiendo hablarse de circunstancias de hallazgo desconocidas. En cambio, sí se sabe que la recuperación de estos objetos se debe a don Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo [3], quien

1 BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y RODRÍGUEZ NUERE, B, *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*, Ministerio de Cultura, IPHE, Concejalía de las Artes del Ayuntamiento de Madrid, Museo de San Isidro y Universidad Autónoma, Madrid, 2004.

2 PACHÓN ROMERO , J. A. y CARRASCO RUS, J., «Una necrópolis ibérica olvidada: Las Angosturas (?) de Íllora (Granada)», *Homenaje al prof. Juan Martín*, Univ. de Granada, en prensa.

3 CABRÉ AGUILÓ, J., «El Marqués de Cerralbo I. Sus donaciones científicas, su biografía», *Ibérica*, 451, Tortosa, 1922, págs. 285-287; Ídem, «El Marqués de Cerralbo II. Sus descubrimientos arqueológicos», *Ibérica*, 453, Tortosa, 1922, págs. 314-317; Ibídem, «El Marqués de Cerralbo (Necrología)», *Actas y*

los publicó parcialmente con el convencimiento directo de su correspondencia con los ajuares propios de alguna necrópolis ibérica [4]. De su gran importancia hablaría el hecho de que estos materiales fueran recogidos, de modo diverso y parcial, en posteriores noticias bibliográficas indirectas por muy variados autores, sin que pudiera nunca acertarse en el contenido exacto de los vestigios procedentes de dicha necrópolis en la citada población granadina.

En este sentido, las noticias editoriales que progresivamente han venido proporcionándose han sido siempre tan parciales que, en lugar de esclarecer los muchos puntos oscuros existentes, solo contribuyeron a confundir la comprensión unitaria del hallazgo y dispersar su contenido exacto, frente a las grandes agrupaciones ajuáricas funerarias de otros cementerios ibéricos que han acabado siendo mucho mejor estudiados y que se exploraron en fechas cercanas o anteriores al de Íllora [5]. Entre ellos, no podríamos dejar de citar la necrópolis ibérica granadina de *Túgi* en Galera [6], revisada recientemente por

Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, II (2-3), Madrid, 1922, págs. 171-183; Ibídem, «El Marqués de Cerralbo», *Coleccionismo*, 112, Madrid, 1922, págs. 3-7; Ibídem, «El Marqués de Cerralbo», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXX, Madrid, 1922, págs. 1-7; CABRÉ HERREROS, M.ª E. y MORÁN CABRÉ, J. A., «El Marqués de Cerralbo y Juan Cabré», *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 36, Madrid, 1996, págs. 23-35; JIMÉNEZ SANZ, C., «Pioneros: Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo», *Revista de Arqueología*, 182, Madrid, 1966, págs. 52-57; NAVASCUÉS BENLLOCH, P. de, CONDE DE BERODILGEN GEYR, C. y JIMÉNEZ SANZ, C., *El Marqués de Cerralbo*, Subdirección de Museos Estatales, Ministerio de Cultura, Madrid, 1966; BARRIL VICENTE, M. y CERDEÑO SERRANO, M.ª L., «El Marqués de Cerralbo: un aficionado que se institucionaliza», en G. Mora Rodríguez y M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga, Ministerio de Educación y Ciencia, CSIC, Málaga, 1997, págs. 515-527; NAVASCUÉS BENLLOCH, P. de y JIMÉNEZ SANZ, C., «El XVII Marqués de Cerralbo y su aportación a la arqueología española », G. Mora Rodríguez y M. Díaz Andreu, (eds.), *op. cit. supra*, págs. 507-513; GARCÍA-SOTO MATEOS, E., «Semblanza biográfica de Enrique de Aguilera y Gamboa», en E. Aguilera y Gamboa, *El Alto Jalón. Descubrimientos Arqueológicos*, Madrid, 1999, págs. 11-32; BARRIL VICENTE, M., «Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII marqués de Cerralbo», *Zona Arqueológica*, 3, 2004, págs. 187-196.

4 AGUILERA Y GAMBOA, E. de, *Las necrópolis ibéricas,* Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, II, Madrid, 1916, pág, 32, fig. 17.

5 Así, la necrópolis de Los Torviscales de Fuente Tójar, excavada por L. Maraver, o la más significativa de Almedinilla (MARAVER Y ALFARO, L., *Expedición arqueológica a Fuentetójar*, Córdoba 20 de mayo, Memoria inédita, Museo Arqueológico de Córdoba., Córdoba, 1867; MARCOS POUS, A. y VICENT ZARAGOZA, A. M.ª, «La necrópolis ibero-turdetana de Los Torviscales. Fuente Tójar», *Novedades de la Arqueología Cordobesa*. Exposición «Bellas Artes 83», Ministerio de Cultura, Madrid, 1983, págs. 11-23; VICENT ZARAGOZA, A. M.ª, «Expedición a Fuente Tójar (Córdoba) por L. Maraver», *Corduba Archeologica*, 15, 1984-85, págs. 31-55; VAQUERIZO GIL, D., «La muerte en el mundo ibérico cordobés. La necrópolis de Los Torviscales (Fuente-Tójar)», *Revista de Arqueología,* 63, Madrid, 1986, págs. 41-49; Ídem, «"Pinza de depilar" en la necrópolis ibérica de Los Torviscales», *Revista de Arqueología*, 66, Madrid, 1986, pág. 62.

6 CABRÉ AGUILÓ, J. y MOTOS GUIRAO, F., *La necrópolis ibérica de Túgi, Galera. Provincia de Granada*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 21, Madrid, 1918.

su gran trascendencia para el conocimiento del mundo ibérico andaluz [7]; así como el más cercano caso cordobés de Almedinilla [8], del que se tiene noticias desde finales del siglo XIX, pero que ha sido nuevamente investigado en tiempos muy cercanos [9] y constituye un lugar arqueológico donde se conocen otros yacimientos funerarios de raigambre cultural cercana [10]. Junto a todo este repertorio funerario de época ibérica, no deberíamos alejar definitivamente de nuestra memoria el gran referente que representan las necrópolis celtibéricas que también excavara el marqués de Cerralbo o, su más importante valedor y colaborador, el arqueólogo de campo Juan Cabré Aguiló. Unos espacios necropolares muy diferenciados de los ibéricos, pero donde también se recogieron elementos de la panoplia guerrera pre-romana, aunque en cierta medida comunes a los detectados en los cementerios ibéricos.

Llegados al siglo XXI, las innumerables referencias con que contamos sobre el material férreo de Íllora sí han servido para que su memoria no desapareciera por completo de la historia de las investigaciones; aunque, desgraciadamente, no han sido de total utilidad para rescatar del olvido el lugar exacto del descubrimiento, provocando un incómodo vacío en torno a su apropiada y

7 PEREIRA SIESO, J., CHAPA BRUNET, T., MADRIGAL BELINCHÓN, A., URIARTE GONZÁLEZ, A. y MAYORAL HERRERA, V. (Eds.), *La necrópolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional*, Ministerio de Cultura, Madrid, 2004.

8 MARAVER y ALFARO, L. «Expedición arqueológica a Almedinilla», *Revista de Bellas Artes e Histórico-Arqueológica*, II, 2, n.1 71, 1867, págs. 307-311 y 323-328; PARIS, P. y ENGEL, A., «Fouilles et recherches à Almedinilla (Province de Cordoue)», *Revue Archéologique*, 2, 1906, págs. 49-92; VAQUERIZO GIL, D. «Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica de las necrópolis de Almedinilla (Córdoba)», *Lucentum*, VII-VII, 1988-1989, págs. 103-132; VAQUERIZO GIL, D., *El yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)*, Córdoba, 1990; QUESADA SANZ, F., *Arma y símbolo: la falcata ibérica*, Alicante, 1992; Ídem, «Notas sobre el armamento ibérico de Almedinilla», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 3, 1992, págs. 113-135. VAQUERIZO GIL, D., «Las necrópolis ibéricas de Almedinilla (Córdoba). Su interpretación en el marco socio-cultural de la antigua Bastetania», *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, 1993, págs. 249-264; VAQUERIZO GIL, D., QUESADA SANZ, F. y MURILLO REDONDO, J. F., *Arqueología cordobesa: Almedinilla,* Córdoba, 1994; ROUILLARD, P., *Antiquités de l'Espagne*, Réunion des Musées Nationaux, Paris, 1997, págs. 86-89.

9 Aunque nos refiramos a los hallazgos metálicos de esa necrópolis, o al conjunto de necrópolis ibéricas de este lugar, su existencia debe relacionarse con el asentamiento indígena de Cerro de la Cruz, para cuyo conocimiento debe consultarse, además de las referencias citadas, a VAQUERIZO GIL, D., QUESADA SANZ, F. y MURILLO REDONDO, J. F., «Avance al estudio de los materiales arqueológicos recuperados en el yacimiento ibérico de 'Cerro de la Cruz' (Almedinilla, Córdoba)», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 2, 1991, págs. 171-224. Ídem, «La cerámica ibérica del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Departamentos O, P, Ñ», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 3, 1992, págs. 51-112; Ibídem, *Protohistoria y romanización en la Subbética cordobesa. Una aproximación al desarrollo de la cultura ibérica en el sur de la actual provincia de Córdoba*, Monografías Arqueología, Junta de Andalucía y Universidad de Córdoba, Sevilla, 2001.

10 En Almedinilla se ha señalado otra necrópolis en la falda del Cerro de la Cruz (PARIS, P. y ENGEL, A., art. cit., nota 9, pág. 56).

necesaria localización. Cabe pensar que la pérdida de tal referencia topológica pudo provocarla la particular sistematización de las investigaciones arqueológicas del marqués de Cerralbo, materializadas en muchas ocasiones gracias a la inapreciable colaboración científica que le prestó Juan Cabré, pero que empezó a hacerse efectiva mucho después del inicial descubrimiento granadino, sin posibilidades de que el hallazgo acabara estudiado con el detenimiento y detalle que él mismo pudo dedicar, por ejemplo, a otras necrópolis ibéricas como la de Galera [11]. Al mismo tiempo, el conocimiento de los antiguos metales de Íllora quedó finalmente desperdigado en una muy variada serie de publicaciones, dificultando la agrupación contextualizada de sus elementos y sin permitir alcanzar, por ello, su verdadero significado y exacta importancia.

Afortunadamente, en los últimos tiempos se ha podido contar con la reciente revisión y catalogación de toda la documentación contenida en la voluminosa colección fotográfica de Cabré [12]. En ella se evidenció la existencia de dos instantáneas fotográficas en las que el arqueólogo había tenido la precaución de recoger sendos paisajes de los alrededores de Íllora, que deben relacionarse directa —y necesariamente— con el lugar de los hallazgos a los que ya nos hemos referido inicialmente. Esta nueva documentación ha permitido un análisis cartográfico y prospectivo preliminar de esos lugares, para tratar de adecuar definitivamente los datos topográficos a los de la geografía del yacimiento, en el territorio del municipio granadino. En este sentido, debemos dejar claro que cuando dimos a la imprenta nuestro primer acercamiento a este problema [13], solo disponíamos de reproducciones en baja calidad de esas dos antiguas fotografías, por lo que no pudimos matizar con total seguridad la ubicación del yacimiento ibérico de referencia. Por ello, estamos en la obligación de volver a tratar el problema, apoyados ahora por la disposición de reproducciones en una adecuada resolución que nos han sido facilitadas por el Instituto de Patrimonio Histórico Español (IPHE), para la expresa realización y publicación de este trabajo [14].

11 CABRÉ AGUILÓ, J. y MOTOS GUIRAO, F., *Las necrópolis ibéricas ..., op. cit.,* nota 7.

12 *Vid.* nota 2.

13 *Vid.* nota 3.

14 Las gestiones para acceder a la documentación que utilizamos en este trabajo se hicieron y financiaron a través de nuestro grupo de investigación HUM 147, ante el citado IPHE, del que se solicitaron y recibieron un total de once imágenes (Ref. 160/06) a través del servicio de documentación de ese Instituto, perteneciente al Ministerio de Cultura y Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales.

DIFICULTADES DE UNA LOCALIZACIÓN

A los inconvenientes que ya se han venido señalando se unió el hecho de que el importante conjunto metálico de Íllora tampoco se asociara nunca con ningún lugar de hábitat conocido, que pudiera relacionarse con la necrópolis de referencia; algo que hubiese posibilitado seguir aportando otros hallazgos con los que mantener el interés arqueológico por el sitio y conocer con mayor profundidad la contextualización cronológica y cultural de los hallazgos existentes. Pero la realidad arqueológica de este municipio granadino, así como su territorio, ha sido en tiempos más recientes otra muy diferente a la que se podría presumir con los hallazgos del marqués de Cerralbo como luego se verá, por lo menos en lo que respecta a la localización de vestigios y yacimientos prerromanos. De modo que, en Íllora, el período ibérico que pudiera adjudicarse a este municipio desapareció prácticamente ante otras instancias temporales, que si no han sido más importantes, sí se han significado como muy diferentes y, en mayor o menor mediada, distanciadas de lo que ahora nos ocupa.

Así, la arqueología antigua de Íllora, salvo las referencias prehistóricas, que también existen pero que evidentemente no podemos tratar aquí, se centrarían, en lo que respecta exclusivamente a la antigüedad, básicamente en época romana. Su investigación y conocimiento fue iniciado por don Manuel Gómez Moreno en los cercanos sitios arqueológicos de El Caserón y Molino del Rey [15], a los que siguieron —en tiempos muy recientes— diversos hallazgos de esa misma época, pertenecientes de hecho a propiedades rústicas romanas (*villae*), sin que faltaran algunas necrópolis de periodos similares [16], así como restos de termas [17]. Todos estos hallazgos han permitido alcanzar una visión de conjunto bastante apropiada para los momentos romanos, pero que tampoco debieron ser excesivamente importantes, como queda reflejado en algunas síntesis generales en las que no se destaca ningún rol importante que pudiera corresponder a las tierras de Íllora [18]; incluso si se le adjudica un cierto papel, Íllora aparece

15 GÓMEZ-MORENO, M., *Miscelánea: Historia-Arqueología*, *Primera Serie*: *La Antigüedad*, Madrid, 1949, págs. 373-374 y 389-390

16 TORO MOYANO, I., «Memoria de gestión de las actividades arqueológicas de la provincia de Granada, 1986», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, I (1986), Sevilla, 1987, pág. 36.

17 CASADO MILLÁN, P. J., ORFILA PONS, M., PUERTA TORRALBO, D., CASTILLO RUEDA, M. A. y BURGOS JUÁREZ, A., «Las termas romanas de Íllora (Granada)», *Termas romanas en el occidente del imperio*, II Coloquio Internacional de Arqueología, Gijón, 2000, págs. 251-256.

18 Véase la nula incidencia de Íllora en el fenómeno de la romanización en los territorios vecinos como el de *Florentia*, en la cercana Granada (ORFILA PONS, M., *La arqueología en Granada hoy: análisis de los datos de época romana,* Discurso pronunciado en su recepción académica, Real Academia de Bellas Artes de Granada, Granada, 2002).

como un simple eslabón perteneciente a un espacio geo-político más amplio [19]. Posiblemente se trató de un *territorium* dependiente de municipalidades de mayor envergadura política y económica, que quizá estuviese integrado en este caso en la cercana *Ilurco* [20], sita en las inmediaciones del actual Pinos Puente.

No debe extrañar, entonces, que el contenido arqueológico material más importante de la localidad de Íllora corresponda ya a época medieval. Sería entonces, cuando quizás se fundara el núcleo urbano moderno que todavía subsiste, y del que dan detalles autores como Bordes, que nos habla de su estructura fortificada [21]; una información que fue posteriormente completada con las investigaciones de mayor calado, debidas al prof. Malpica, explicando el papel que desempeñó por su carácter de espacio fronterizo [22]. A todo ello se han unido, más tarde, los estudios detallados sobre las cerámicas de ese momento, recuperadas en su castillo [23].

Pero, volviendo a los tiempos anteriores que más nos interesan, concretamente en la facies histórica ibérica, pese a la escasez de información existente, no debemos aceptar una despoblación absoluta. Es indudable, al estar fuera de toda duda, la correspondencia con Íllora del topónimo arqueológico donde aparecieron todas aquellas armas metálicas; algo que siempre se conoció, por lo menos en lo que respecta al nombre más recurrente de la bibliografía que las ilustra. En concreto, nos referimos al espacio geográfico llamado «Angostura» o «Las Angosturas», fácilmente ubicable a partir de la cartografía al uso en el sur de la actual Íllora; aunque, las fotografías de estos lugares debidas a Cabré, junto a un reconocimiento directo de la topografía de la zona, podría permitir hoy desplazar algo hacia el noreste su verdadera localización.

La inspección ocular sobre el terreno, coincidente con las denominaciones cartográficas, nunca permitió confirmar si hubo allí una necrópolis, u otro ya-

19 ARGÜELLES MÁRQUEZ, M., CASADO MILLÁN, P. J., ORFILA PONS, M., FERNÁNDEZ GARCÍA, M.ª I., PUERTA TORRALBO, D. y BURGOS JUÁREZ, A., «Avance sobre el análisis del poblamiento en época romana de la zona de Íllora (Granada)», *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, 2, Zaragoza, 1997, págs. 195-200.

20 CASTILLO RUEDA, M. A. ORFILA PONS, M. y MUÑOZ MUÑOZ, F., «El mundo antiguo: la ciudad de Ilurco en época ibérica y romana», en R. G. Peinado Santaella (ed.), *De Ilurco a Pinos Puente. Poblamiento, economía y sociedad de un pueblo de la Vega de Granada,* Biblioteca de Ensayo, 39, Diputación Provincial, Granada, 1998, págs. 80 ss.

21 BORDES GARCÍA, S., «El castillo de Íllora: del siglo XI a las transformaciones castellanas», *Castillos y territorio en al-Andalus*, Granada, 1998, págs. 194-308.

22 MALPICA CUELLO, A. (ed.), *Íllora, una villa de la frontera granadino-castellana*. *Análisis histórico-arqueológico*, Granada, 2003.

23 Conocimiento que debemos a los estudios específicos de CARVAJAL LÓPEZ, J. C., «Estudio de la cerámica islámica del castillo-villa de Íllora(siglos XIV-XVI)», *Arqueología y Territorio*, 1, 2004, págs. 167-180 (www.ugr.es/~arqueol/docencia/doctorado/ArqyT/Index.htm). Este artículo se consultó en línea durante el mes de enero de 2007.

cimiento que fuese contemporáneo de ella. Un aspecto conocido directamente por nosotros, desde poco más de un cuarto de siglo atrás, cuando estuvimos prospectando esta zona para la recopilación material y documental que iba a incluirse en una memoria de licenciatura de contenido arqueológico general, pero de carácter eminentemente prerromano [24]. Pese a los indicios negativos, siempre mantuvimos la duda de si habíamos explorado el lugar exacto de aquellas antiguas recuperaciones funerarias del marqués de Cerralbo, alertados por los problemas toponímicos, el complejo uso de la cartografía, la inexistencia de hallazgos en tiempos más recientes y la ignorancia de los lugareños sobre aquellas antiguas recuperaciones arqueológicas, que hoy podríamos extender también a la propia toponimia local. Ello explicaría nuestro interés por volver sobre el viejo cementerio ibérico de Íllora, apoyados en la certidumbre de aportar novedades que podrían permitir definitivamente su localización, pero sin olvidarnos de la importancia de su contenido arqueológico.

La destacadísima labor de digitalización del legado fotográfico de Cabré, debido a la gestión personal del prof. J. Blánquez y de la arqueóloga B. Rodríguez del I.P.H.E., se convierte en un referente ineludible de enorme importancia, sin cuyo concurso esta investigación no hubiese alcanzado ningún fruto. Las imágenes del paisaje necropolar de Íllora, que ahora están plenamente disponibles para la investigación emprendida, han resultado trascendentales en el afianzamiento de las nuevas perspectivas interpretativas que vamos a exponer, completando y rectificando las escasas conclusiones que pudieron obtenerse en nuestro anterior estudio, contando con las mismas instantáneas que ahora valoramos, pero en las que su escaso contraste, al haber sido obtenidas directamente del disco que acompañaba la publicación auspiciada por aquellos dos autores [25], no permitieron resultados de mucho alcance.

Cuando concluimos el trabajo precedente indicábamos que la indagación de entonces no había podido dilucidar la cuestión planteada, en cuanto a la localización de la necrópolis, pero que estábamos esperanzados en su cercana resolución. Ahora tenemos el total convencimiento de que las fotografías de Cabré son plenamente reconocibles en la geografía actual de los alrededores del municipio granadino, por lo que el espacio necropolar está perfectamente ubicado y, a no tardar mucho, podrá también determinarse el espacio habitacional al que pertenecieron quienes se enterraron en aquel sitio. Sigue

24 CARRASCO RUS, E., *Testimonios arqueológicos de la provincia de Granada, desde el final de la Edad del Bronce hasta el Imperio Romano*, Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Granada, Granada, 1980.

25 Véase la nota 2.

siendo imprescindible, para que todas las incógnitas que se nos presentan sean dilucidadas, que podamos disponer de actuaciones arqueológicas directas sobre el yacimiento. Pero, al menos, el lugar donde debieron encontrarse la gran mayoría de los materiales reflejados en las fotos del legado que conserva el IPHE está plenamente confirmado como expondremos en las líneas que siguen; lo que abre el camino que permitirá comprender la naturaleza de la necrópolis ibérica de Íllora, así como su inserción en el paisaje funerario ibérico granadino, completando un registro muy limitado que, prácticamente, solo comprende las necrópolis estudiadas, o conocidas, de Galera [26], Baza [27], Cortijo Colorado de Gor, Montejícar [28], Pinos Puente [29] y Tózar [30].

El que no pudiéramos salvar completamente en aquel trabajo todos los problemas planteados para ubicar la necrópolis buscada, se debió a dificultades derivadas de la escasa exactitud con que siempre se han referido las noticias a estos hallazgos; dando lugar a una cada vez mayor confusión y extensión de las inexactitudes existentes. En ese sentido, ya dijimos y corroboramos ahora, con los nuevos datos disponibles, que eran inaceptables las alusiones que responsabilizan como descubridor del cementerio ibérico a M. Gómez-Moreno, dando por sentado que en el Cortijo de Don Pedro hubo una necrópolis con tumbas riquísimas «cuyos materiales, que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional (MAN), poseen empuñaduras de oro y plata» [31].

Pero, tratando de no dejar muchos cabos sueltos, indagamos en esa posibilidad, comprobando que la toponimia cartográfica existente solo recoge el topónimo parecido de un antiguo camino (Senda de Don Pedro) al norte de Alomartes, que conduce hasta la Fuente de Parapanda, junto al cortijo de Parapandilla al noroeste de Íllora, pasando por el cortijo de Fuente Blanquilla [32]. Sin embargo, no hemos localizado en su entorno ningún Cortijo de Don

26 *Vid.* nota 8, en cuya referencia se incorpora toda la bibliografía pertinente.

27 PRESEDO VELO, F., *La necrópolis de Baza*, EAE, 119, Ministerio de Cultura, Madrid.

28 PACHÓN ROMERO, J. A., FUENTES VÁZQUEZ, T. e HINOJOSA PAREJA, A. R., «Plomo con leyenda ibérica de los Allozos, Montejícar (Granada)», *Habis*, 35 (2004), pp. 160 ss.

29 *Vid.* más adelante las referencias de la nota 40.

30 Necrópolis de la Pedriza del Peñascal en Tózar, Moclín, Granada. Sus elementos metálicos se encuentran depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Granada y fueron dados a conocer por SCHÜLE, W., *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 3, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1969, pág. 255,Taf. 84.

31 Esta información podía encontrarse en el enlace electrónico http://www.illora.com/historia.htm, en noviembre de 2006, aunque en la actualidad esta página web se encuentra (22 de enero de 2007) en proceso de remodelación, siendo imposible acceder a esas noticias.

32 Nos referimos, en este particular, a los datos recogidos en la hoja núm. 1008 del Mapa Topográfico Nacional a escala 1:50.000, editado por el Instituto Geográfico Catastral y de Estadística, correspondiente a la 1.ª edición de 1931.

Pedro que pudiera encontrarse a lo largo de este trayecto; por lo que suponemos que —en realidad— la noticia solo refleja una evidente confusión entre la posible necrópolis de Íllora con un hallazgo antiguo que conocemos directamente del ingeniero y arqueólogo belga Luis Siret, quien se hizo eco de la recuperación de dos pomos con empuñaduras en plata, correspondientes a dos puñales o espadas, quizás del Bronce Final, pero que se recogieron realmente en Tocón [33]. Debe recordarse, a este respecto, que la población de Tocón pertenece al término municipal de Íllora, por lo que no debiera extrañar la confusión de hallazgos en este sitio con la necrópolis ibérica de Cerralbo y Cabré.

La confusión entre Siret y Gómez-Moreno parece más lógica, al ser este un investigador más conocido en la zona por sus trabajos citados de El Caserón y Molino del Rey. Por lo demás, son tantas las diferencias que se desprenden de unos y otros hallazgos arqueológicos, como los que se han pretendido relacionar, que no merece la pena seguir debatiendo esta cuestión, aunque conviene añadir, en descargo de los responsables de esa información, que es comprensible caer en este tipo de errores si no se conocen directamente los hallazgos, no se está suficientemente avezado en el cotejo de materiales arqueológicos, ni en la bibliografía específica y, por supuesto, tampoco se está familiarizado con la cultura material del Bronce ni con la de tiempos ibéricos.

La mayor parte de las noticias sobre los hallazgos de Íllora coinciden en centrarse en el topónimo de Las Angosturas, como recogen los investigadores que más recientemente se han acercado a su estudio. Así lo hace Fernando Quesada, aunque señalando que parte de las armas de hierro procedían igualmente del Cortijo de Paco Torres, allí donde otros han situado las espadas, flechas y puñales que con «decoraciones en plata, están en el MAN» [34]. Esta noticia, concretamente la primera parte, sí se acercaría más a la realidad, ya que la máxima dificultad de todo su contenido estribaría en la localización exacta de ese último cortijo y la posibilidad de establecer alguna relación con el topónimo de Las Angosturas. Para Quesada es el mismo entorno geográfico [35], aunque hoy no se encuentra indicación alguna de ese cortijo en la cartografía. Lo más cercano, con similitud denominativa y cercanía espacial, es el Cortijo

33 SIRET, L., *Question de Chronologie et d'Ethnographie Ibériques, I. De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*, Paul Geuthner, Paris, 1913, págs. 94-95, fig. 19bis.

34 Esto, al menos, es lo que se recoge también en la página web inserta en la dirección electrónica http://www.adurcal.com/enlaces/cultura/zona/historia/granada/, ya visitada en el mes de noviembre de 2006, durante la recogida de la información inicial para este trabajo, pero que ha vuelto a ser comprobada en enero de 2007.

35 QUESADA SANZ, F., *El armamento ibérico. Estudio tipológio, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, vol. 2, éditions monique mergoil, Montagnac, 1997, pág. 724.

de la Torre, pasado el arroyo Charcón (figura 1), en la finca del duque de Wellington, donde quizás existan posibilidades de hallazgos similares que no podemos descartar por las condiciones topográficas del sitio. Aunque las fotos de Cabré son indudablemente de la parte izquierda del arroyo que aísla la propiedad del noble británico, enfrente de esta finca y más al noreste. Además, parece claro —sin otros datos más relevantes— que el Cortijo de la Torre no hace mención al apellido de su posible dueño, sino a la cercanía de una torre medieval que nada tendría que ver con ningún propietario llamado Paco Torres, al menos en la actualidad.



Figura 1. Vista aérea del sur y este de Íllora (arriba) y topografía parcial de la misma (abajo)

F. Quesada también apunta el dato relevante de cómo en el año de 1934, bastante después de producirse los primeros hallazgos, el por aquel entonces apoderado del duque de Wellington disponía de otro lote de armas [36], lo que parece situar la necrópolis —o alguna otra desconocida— en los alrededores de estos lugares. Quizás en este caso sí tendría mayor fundamento hablar del Cortijo de la Torre, explicando quizás la confusión con otro topónimo parecido, pero que en cualquier caso sería más plausible la existencia aquí de otro espacio funerario diferente al destacado por los hallazgos de Cerralbo/Cabré. Un hecho, por otra parte, nada descabellado, conocida la costumbre ibera de situar distintas áreas mortuorias alrededor de sus núcleos de población. Haciendo coincidir su situación con algún punto que no se alejaría demasiado de Las Angosturas, sería también lógico poder situar y tratar de localizar un poblado entre ambas necrópolis, respecto del que los dos cementerios hubieran sido perfectamente practicables. Es más, podría admitirse que la situación de algunos de estos yacimientos en los límites patrimoniales del noble británico, haría fácil la lógica explicación de una recurrente falta de datos, como la que ha venido caracterizando a la necrópolis ibérica de Íllora. Las condiciones de blindaje de esta finca, más estrictas que en cualquier otra propiedad rural particular, cercada concientemente para adecuarla a una tradicional dedicación cinegética, a la que incluso han acudido en varias ocasiones la familia real británica, ilustraría su parca aportación de noticias arqueológicas, incluso después de la importante repercusión del conocimiento de los hallazgos de Íllora, a principios de la primera mitad del siglo XX.

Ubicación de la necrópolis de las angosturas y búsqueda de su respectivo poblado

El análisis espacial y topográfico que hicimos en nuestro anterior trabajo, tratando de situar de modo preciso el topónimo necropolar de Íllora, a partir de la cartografía disponible [37] es ahora sólo parcialmente útil, ya que las nuevas imágenes indican que debemos desplazar su ubicación más al norte y al este, desechando en parte la situación de ese topónimo en la parte baja del

36 *Ídem*, *op. cit.,* nota anterior, pág. 724.

37 Nos referimos al *Mapa Topográfico de Andalucía, provincia de Granada*, a escala 1:10.000, editado en soporte digital por la Consejería de Obras Públicas de la Junta de Andalucía (1.ª edición, Sevilla, 1998). En concreto hemos contrastado los datos de esa referencia con la hoja 1008-4-2, a la misma escala, de la *Ortofotografía Digital de Andalucía (Color),* Junta de Andalucía, Madrid, 2003 (vuelo de 1998-1999) y la hoja 1008-II del *Mapa Topográfico Nacional*, a 1:25.000 (1.ª edición de 1983) del Instituto Geográfico Nacional, vuelo fotogramétrico del año 1974.

Arroyo de la Cañada. Este arroyo corre hacia el suroeste, buscando su confluencia con el pequeño valle que discurre paralelo a la carretera que, desde Íllora, conduce a la estación/apeadero del ferrocarril en Obéilar, al sur de aquella población. El topónimo es colocado en los mapas a la derecha de ese valle (al este), junto al cauce fluvial citado más arriba que desagua en el más importante Arroyo de el Charcón, muy poco antes de la confluencia de ambos (c. 662.5 m.), donde se levantan unas lomas poco destacadas respecto del entorno más elevado de la parte oeste, al otro lado de la carretera, lo mismo que la Sierra de Obéilar (c. 843 m,), al sureste. Las alturas más llamativas de este entorno alcanzan su techo comarcal más al norte, donde encontramos la Sierra de Parapanda (c. 1800 m.).

Esta localización topográfica podría haber sido consecuente con la situación de la necrópolis, porque viene a coincidir con las genéricas ubicaciones en las que el marqués de Cerralbo descubría, y excavaba, sus necrópolis ibéricas [38]:

> Yo encuentro tantas estaciones porque excavo en las riberas de los ríos, que fueron siempre las grandes vías de los pueblos primitivos y proto-históricos, como busco los yacimientos neolíticos en las cimas de los montes y las necrópolis ibéricas en las vegas, teniendo por indicadoras señales ríos, arroyos, fuentes ó pozos de aguas saladas, porque la sal fué en toda la primera y segunda edad del hierro uno de los productos comerciales de más importancia y casi puede decirse que vino á secundar al ámbar [...].

Estas afirmaciones tratan de aspectos genéricos que, aunque ciertos, no podrían considerarse del todo exactos, pues también sabemos de necrópolis ibéricas en cotas elevadas, respecto de las tierras periféricas; en situaciones que, frente a sus metrópolis, suponen una menor relevancia topográfica, pero que tampoco se acomodan a localizaciones en zonas bajas de vega. Hoy sabemos que, para Íllora, la cercanía del Arroyo de la Cañada daba una situación a esta necrópolis en un lugar coincidente, aproximadamente, con las peculiaridades destacadas por Cerralbo. La misma denominación «Angostura» alude literalmente a un paso estrecho que solo se produce entre dos márgenes más elevados, aunque solo sean de alturas relativas: una circunstancia que remite a un lugar deprimido, coincidente con una vega o incluso con un cauce fluvial, como es el caso. El actual topónimo, en los mapas consultados, viene a coincidir con un estrechamiento topográfico bien definido, por lo que la denominación ahí es adecuada, pero que también cabría ubicarlo aguas arriba del mismo cauce donde se sitúa, lo que como veremos va a coincidir mejor con la real localiza-

38 AGUILERA Y GAMBOA, E. DE, *Las necrópolis ..., op. cit.*, nota 5, pág. 9.

ción del antiguo cementerio, cuadrando con la apreciación que hicimos en nuestro primer acercamiento de que pudo estar en las inmediaciones de la denominación (figura 1: arriba).

Esa posibilidad de extender algo más la zona de Las Angosturas, a partir del hecho de que, al suroeste del sitio así denominado, también hay un cortijo del mismo nombre, ha acabado comprobándose y hoy podemos asegurar que el apelativo abarca un área más amplia, extendida por un espacio alargado, valle arriba, posiblemente casi hasta las inmediaciones del Cortijo Parrizas (423717X / 4126386Y) (figura 1: abajo) y algo más arriba, cuando el arroyo se acerca al farallón rocoso de Los Cortijuelos (figura 1: A). Tal disposición, configura un sitio que domina las vegas de los arroyos Charcón y de La Cañada, hasta controlar el doble lugar de paso que ambos determinan. No olvidemos que las necrópolis ibéricas ofrecían también una íntima ligazón con los caminos, aspecto que no era exclusivo de los camposantos romanos en los accesos de sus ciudades, sino igualmente destacable en tiempos prerromanos, al significar simbólicamente los intereses económicos que defendieron en vida quienes acabaron enterrados en esos cementerios [39].

El análisis directo de las antiguas fotografías de Cabré, proporcionan la visión de un espacio geográfico que no se corresponde exactamente con el paisaje actual del posible sitio necropolar de Íllora, que acaba de significarse. Esto ya lo destacábamos en nuestro anterior trabajo, siendo las diferencias bastante notables, posiblemente debido a que aquello reflejaba un terreno de secano y cereal, distinto a los campos de olivos que ahora se extienden por estos lugares, sobre todo en los reductos más altos. Aquellos que coinciden con las cotas topográficas por encima y junto al cortijo de La Angostura (c. 655 m.), mientras en los más bajos la agricultura actual ha convertido todo ese espacio de aluvión, incluyendo parte de sus terrazas fluviales, en áreas útiles para la explotación intensiva de regadío; por lo que no se advierten vestigios superficiales arqueológicos, en un lugar dedicado continuamente a distintos cultivos anuales. Este distanciamiento paisajístico tampoco tendría porqué separar tanto la visión del territorio actual de aquellas viejas imágenes, si tenemos en cuenta las grandes transformaciones que han afectado a los campos andaluces desde hace un siglo y, especialmente, desde los últimos treinta o cuarenta años.

39 Algunos de estos aspectos interpretativos de carácter simbólico en las necrópolis ibéricas y pre-ibéricas se estudian aparte (PACHÓN ROMERO, J. A. y CARRASCO RUS, J., «Sobre la necrópolis tumular protohistórica de Pinos Puente. Una revisión», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 17, 2005, págs. 15-68; *Ídem*, «Usos funerarios protohistóricos: los túmulos de Pinos Puente (Granada)», en M.ª C. Calero Palacios, J. M.ª de la Obra Sierra y M.ª J. Osorio Pérez (eds.), *Homenaje a María Angustias Moreno Olmedo*, Ed. Univ. Granada, Granada, 2006, págs. 810-811).

Las conclusiones de nuestro primer trabajo sobre este tema explicaban que, con los datos disponibles, no era factible la localización del enclave mortuorio ibérico por la falta de documentación moderna sobre la necrópolis, las dificultades para su conocimiento contemporáneo y la ausencia de su recuerdo entre las gentes del actual municipio. Pero dejábamos abierta la esperanza de que dicha área funeraria pudiera no circunscribirse solo a esas zonas bajas, sino que podía presumirse una mayor extensión de la necrópolis en lugares elevados por encima del nivel de escorrentía del arroyo de La Cañada, que quedaría invariablemente en un piso inferior al del horizonte más bajo de un cementerio de época ibérica. Así, la necrópolis —de situarse allí— se dispondría a partir al menos de la primera terraza, tratando de evitar en lo posible los efectos de las inundaciones periódicas que pudieran afectar al propio curso fluvial y a sus riberas adyacentes.

La comparación de las antiguas fotos con las que tomamos para aquella ocasión mostraban discrepancias de bulto que nos hicieron señalar que la disposición del camino que se ve en una de aquellas imágenes no coincidía con la orientación que se tiene en una vista cualquiera actual desde Las Angosturas (en la situación cartográfica al uso). Incluso no descartábamos que la necrópolis hubiese estado en realidad más al oriente, separándose de esa zona y, posiblemente, de la finca propiedad de los Wellington, explicando la colección de hierros en manos del apoderado de la finca en 1934. Todo, en función de las evidentes dificultades de asociación entre aquella localización y las viejas imágenes; inadecuación que podía centrarse, más concretamente, en los horizontes que aparecen conformando los segundos planos de ambas instantáneas.

Por ello, la solución que ahora entrevemos difiere fundamentalmente de aquellas conclusiones, pese a que se basa en las mismas fotos antiguas del lugar, debidas a Juan Cabré, aunque disponibles ahora en una calidad que permite situar certeramente el entorno desde donde se realizaron las instantáneas e, indirectamente, localizar con bastante seguridad el sitio de los hallazgos [40]. Fechadas en torno al año de 1918, las imágenes (figuras 2: arriba y 3: arriba) no ilustran una zona topográfica deprimida, sino la parte media o superior de una pequeña elevación desde la que se aprecian dos entornos paisajísticos perfectamente reconocibles. En la primera de ella, llama la atención una eminencia topográfica con una pared rocosa casi vertical que cabe situar, respecto del fotógrafo, al sureste y se separa del yacimiento con una clara vaguada que corresponde con el Arroyo de La Cañada. Ese resalte importante del relieve co-

40 Fotos inventariadas con los números 865 y 866 del catálogo fotográfico de Juan Cabré, recogidas en el CD-ROM de la publicación de Blánquez citada en la nota 2. Las referencias de estas mismas imágenes remitidas por el IPHE son, respectivamente, CABRÉ-0865 y CABRÉ-0866.

rresponde exactamente con la cota 799,5 en la confluencia de las coordenadas 424129,5 X y 4126586,5 Y (Figura 2: arriba, izquierda y abajo, A), referida al punto más eminente de ese corte vertical, aunque las alturas por el sur de ese sitio se elevan por encima de los ochocientos metros. En términos geográficos, ese lugar se situaría al norte/noroeste del cortijo de Los Alcachofares y justo al sur del pago de Los Cortijuelos.



Figura 2. Foto de Cabré desde el solar de la necrópolis (arriba), frente a una visión actual (abajo)

El complemento de esta imagen es la segunda de las fotografías que debemos a Cabré. La instantánea se corresponde aproximadamente con otra visión

tomada desde los mismos lugares en los que se encuadró la anterior, pero girada180 grados respecto de la directriz de la primera y, por tanto, en lugar de orientada al sureste, hacia el noroeste (Figura 3: arriba). En este caso, el horizonte queda fijado en la vista de la vertiente sur de la Sierra de Parapanda que, por encima de Íllora, cierra prácticamente toda la extensión que alcanza la vista en ese encuadre. Ese arco montañoso se eleva por encima de Íllora, minimizando su presencia en la parte central de la panorámica, detrás de un camino que es el que hoy conduce al cementerio, aunque en esta instantánea no se alcanza a ver tal detalle, al menos con claridad. No obstante, sí se aprecia perfectamente la pequeña elevación donde se sitúa el castillo medieval de la población y que señalamos en nuestra imagen con la letra B.

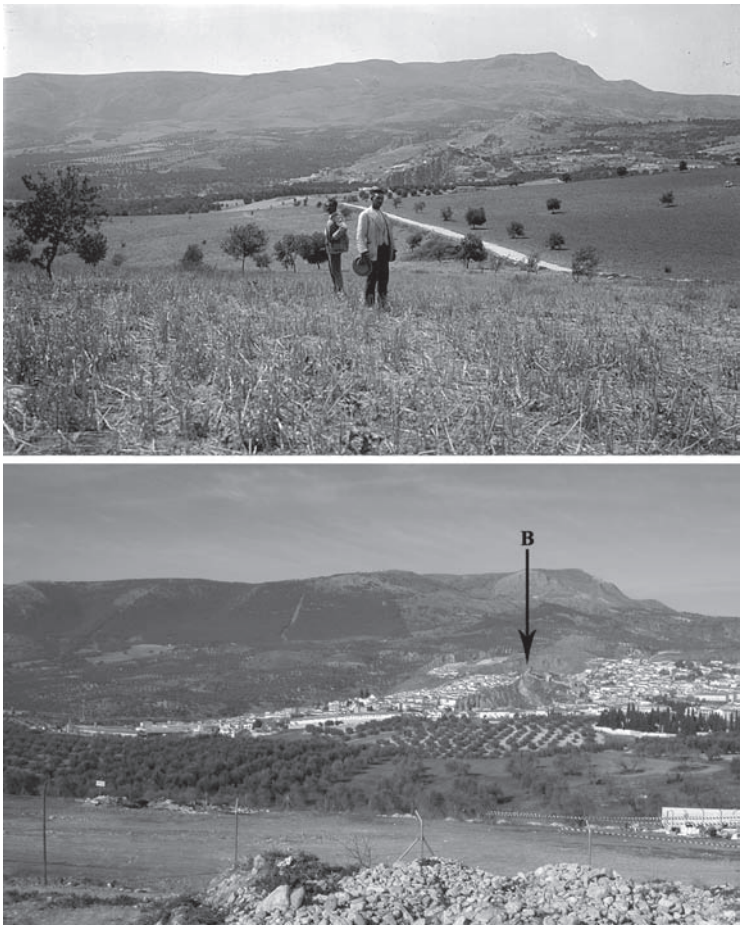


Figura 3. Fotografía de Íllora por J. Cabré (arriba) y vista actual con una orientación similar (abajo)

Para asegurar lo que decimos es necesario realizar una pequeña comprobación topográfica, que puede confirmarse con las fotografías que nosotros hemos realizado, la primera de las cuales (figura 2: abajo) se hizo desde el punto señalado como núm. 1 (figura 1: abajo); mientras que la segunda (figura 3: abajo) se hizo desde el punto núm. 2 (figura 1: abajo). Es evidente que en ninguna de ellas, pero sobretodo en la segunda, estamos en un punto más desplazado hacia el sur, ya que ha sido imposible encontrar un lugar común desde el que obtener las dos vistas de Cabré. Ello corroboraría que tampoco Cabré pudo hacer las dos instantáneas desde el mismo lugar. Estamos convencidos de que la primera de las antiguas instantáneas se hizo *in situ* desde la necrópolis, en un lugar indeterminado entre los indicados puntos 1-2, aunque en una cota más baja, desde donde era imposible ver la localidad de Íllora . Por lo que es de suponer que la segunda de las fotografías se realizaría al oeste de esos puntos 1-2, más cerca de este último y en un punto indeterminado de lo que hoy llaman los mapas Viña Quemada; desde donde se divisaría el camino que en dirección al pueblo se acerca a donde hoy está el cementerio, pero por encima de la loma que se levanta a oriente del mismo y que se encuentra rodeado por ese mismo camino a occidente y al sur.

Por lo demás, esta adecuación topográfica, es factible igualmente con la denominación de Angosturas, ya que desde ese lugar se observa el encajamiento del cercano arroyo a los pies del gran hito rocoso del Peñón de Alcachofares, y no es baladí que también pudiera llamarse a este sitio del mismo modo, por extensión de ese encajonamiento a todos los espacios cercanos de los alrededores. Las fotografías que hemos podido hacer de estos lugares pueden demostrar que estamos en los mismos sitios (figuras 2: abajo y 3: abajo), si volvemos a observar y comparar con las fotografías de Cabré. Solo debe hacerse salvedad de las lógicas diferencias debidas al cambio de los usos agrícolas y la mayor o menor transformación que se ha producido en el casco urbano de Íllora, o en la Sierra de Parapanda, con el añadido del repetidor de televisión que es una evidente aportación moderna.

La localización del lugar en que estuvo el viejo cementerio ibérico es de gran importancia para futuras indagaciones prospectivas y excavaciones arqueológicas que sirvan para reconocer el estado de conservación de la necrópolis, así como la posible relación de ésta con un poblado más o menos cercano. Nosotros no hemos podido hacer un análisis más en profundidad sobre la situación del yacimiento en este momento, pues ello hubiese requerido una autorización *ad hoc* de las autoridades culturales andaluzas, por lo que haremos algún breve comentario al respecto:

En la vertiente derecha del Arroyo de la Cañada, desde donde se realizaron las fotos que acabamos de citar, no existen evidencias claras de relleno arqueológico alguno, lo que en parte era de esperar. Hoy, como se aprecia en

las fotografías actuales, el terreno está dedicado en gran manera al cultivo del olivar (Figura 2: abajo), practicándose en los mismos el novedoso sistema, asociado a este cultivo, de falta de roturación y empleo masivo de herbicida. Ello provoca la retirada sistemática de los elementos voluminosos, piedras y demás, para que no dificulten las tareas de recogida de aceituna, por lo que el rastrillado superficial elimina también todos los vestigios arqueológicos que podrían caracterizar un yacimiento, cerámicas y piedras de un grosor bastante regular, con lo que es difícil apreciar a simple vista la existencia de restos de valor patrimonial. La comprobación de esta cuestión quedará a la espera de ulteriores investigaciones prospectivas, de carácter intensivo.



Figura 4. Infraestructuras hidráulicas de las inmediaciones de Los Alcachofares (Íllora)

En la parte izquierda del arroyo, tampoco se ha hecho una indagación exhaustiva, pero se han reconocido parcialmente las alturas más eminentes de la parte oriental, concretamente la zona de Alcachofares y Cortijuelos, habiendo descubierto en la vaguada que une estas dos alturas pequeños restos de cerámicas a mano, fragmentos de *sigillata* y cerámica ibérica, concretamente algún borde de ánfora ibérica. En esta parte, las condiciones del terreno, semejantes por la agricultura existente a las del lado contrario del arroyo, tampoco han permitido mayores precisiones, pero sí constatar que debió haber algún núcleo antiguo, sin que podamos saber su caracterización.

Pero, junto a él, sí existe aún una pequeña fuente (figura 1: 3) que, durante nuestra visita, se encontraba seca, a la que se asocian algunos elementos de almacenamiento, consistentes en sendos pilares de piedra, uno de ellos bastante reciente, pero otro mucho más antiguo (figura 4: arriba) y, por debajo de ellos otros dos pilares alargados, estrechos y con los extremos redondeados, realizados con mortero de piedra irregular y revoco impermeabilizante que, cuando menos podríamos remontar a época romana, e incluso iberorromana (figura 4: enmedio y abajo), a juzgar por otros paralelos similares que podemos encontrar en yacimientos relativamente cercanos a esta geografía de Íllora [41]. Este hecho demostraría el uso relativamente antiguo de una fuente natural que, en épocas más lluviosas que la actual, mantendría un caudal, si no suficiente para una población importante, sí al menos como elemento auxiliar para un pequeño núcleo con cierta funcionalidad, sin descartar incluso su uso de carácter ritual [42]. Cualquier otra función de mayor envergadura tendría que desestimarse, porque la propia cercanía del Arroyo de la Cañada vendría a contradecirla, con su mayor volumen hídrico. De todos modos, tampoco es seguro justificar la existencia de un espacio ritual, solo con la presencia de un manantial, y sin que tengamos el apoyo de mayores contenidos arqueológicos. Lo único que parece evidente, de momento, es que tampoco aquí podríamos situar un centro habitado de cierta importancia, que hubiese sido el referente

41 Depósitos hidráulicos de formas semejantes a estos, aunque aislados y con mayor profundidad se conocen en el sector central del hábitat del Cerro de la Cruz, Almedinilla, donde reciben una datación en torno a los siglos III/II a.C. (VAQUERIZO GIL, D., QUESADA SANZ, F. y MURILLO REDONDO, J. E., *Protohistoria y romanización en la Subbética Cordobesa. Una aproximación al desarrollo de la cultura ibérica en el sur de la actual provincia de Córdoba*, Monografías Arqueología, 11, Junta de Andalucía y Universidad de Córdoba, Sevilla, 2003, págs. 129-130, figs. 34 y 47).

42 El valor de las aguas como elemento mítico, en relación con las creencias religiosas, se ha destacado para los tiempos prerromanos, por lo que no tendría que ser un serio inconveniente para admitir un posible espacio sacro en relación con las aguas, como también se ha señalado para otros muchos de los santuarios conocidos y de los que, como muestra, pueden servir los giennenses (BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.ª, «Los santuarios ibéricos de la provincia de Jaén», *Oretania,* 2, 1959, pág. 88).

habitacional, suficientemente proporcionado, de los ajuares conocidos de la necrópolis de Cerralbo/Cabré.

Con independencia de esta interpretación hipotética y discutible, lo que parece claro es que tampoco en esta zona podríamos situar un espacio vital de la importancia que requeriría un poblado ibérico, con una necrópolis regularizada en las colinas que se le enfrentan al otro lado del arroyo. Por ello, quedaría plantear una campaña de prospección exhaustiva por toda esta vertiente, hasta encontrarnos con la carretera de Íllora a la estación de Obéilar, para tratar de dilucidar la incógnita que aún sigue planteada sin solución. Mientras que la necrópolis, sin demasiadas dudas, quedaría situada en algún sitio de la vertiente contraria, pero dentro de la directriz señalada anteriormente. Su importancia, a tenor de los restos conservados exigiría la presencia de un poblado de cierta entidad en los alrededores, que aún resiste en revelarse.

INTERPRETACIÓN DE LOS AJUARES DE LA NECRÓPOLIS Y CONCLUSIÓN

La documentación fundamental de la necrópolis ibérica de Íllora está constituida, básicamente, por un variopinto conjunto de armas de hierro, que empezaron a ser conocidas muy parcialmente en las publicaciones del propio marqués de Cerralbo [43]. Pero estas mínimas representaciones serían después ampliadas, gracias a la muestra pública de la exposición sobre hierros antiguos que publicara P. M. de Artiñano; dando a la imprenta un conjunto también incompleto, pero conformando una entrega de mayor abundancia [44] (figura 5). Mucho más tarde, parte de este mismo material sirvió para que la hija de Juan Cabré [45] pudiera definir sus dos tipos de empuñaduras de falcata ibéricas, destacando el ejemplar de la necrópolis de Íllora conservado en el Museo Cerralbo, por sus interesantes decoraciones damasquinadas que presenta en la empuñadura de cabeza de caballo (figura 6, 1) . Ya en tiempos más cercanos a nosotros, concretamente en la segunda mitad del siglo XX, el prof. W. Schüle también las utilizó parcialmente para su monumental obra sobre la Cultura de la Meseta [46] (figura 6: 2-4). Los materiales concluyeron su periplo con la catalogación que F. Quesada hizo

43 *Vid.* nota 5.

44 ARTIÑANO Y GALDÁCANO, P. M. de, *Catálogo de la Exposición de hierros antiguos españoles*, Sociedad Española de Amigos del Arte, Madrid, 1919, pág. 9, fig. 8 y pág. 20-21, figs. 94 a 106 .

45 CABRÉ HERREROS, M.ª E., «Dos tipos genéricos de falcata hispánica», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, X (1943), págs. 217, fig. 2,3.

46 SCHÜLE, W., *op. cit.*, nota 31, Taf. 83: 1-3.

en su análisis de las armas ibéricas [47], aunque no fueron los únicos estudios [48]. Pero, además, en Quesada encontramos la nómina más exhaustiva de las armas de Íllora, con un recuento total de trece ejemplares seguros y uno posible: tres falcatas, tres espadas rectas, un puñal, un *soliferrum*, una jabalina, un *pilum*, dos lanzas, un regatón y una pieza dudosa que pudo ser tanto una espada como un puñal. Todo el muestrario recogido por el autor se conserva en el Museo Cerralbo, salvo el arma dudosa de la que no da referencia alguna. Pero en los datos proporcionados por este autor, existe una coincidencia en los números de registro de *soliferrum* y *pilum*, posiblemente un error que quizás aluda al hecho de que se trate de la misma pieza, realmente, lo que rebajaría mínimamente el montante total del catálogo conocido [49].

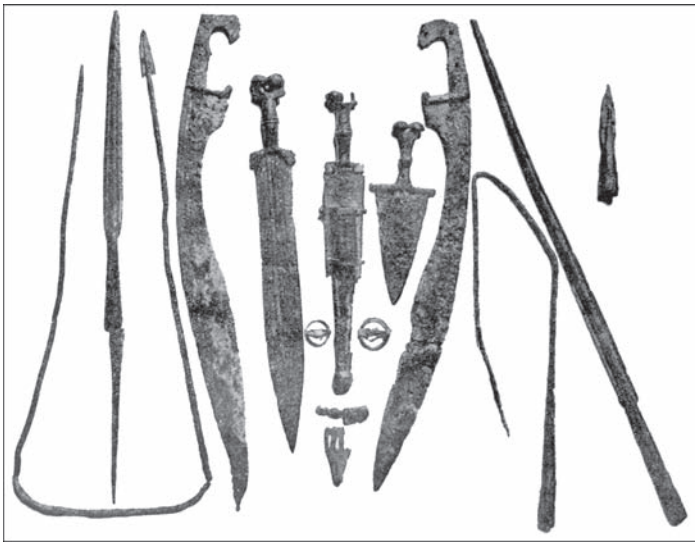


Figura 5. Ajuares metálicos de la necrópolis de Íllora.
Según Artiñano y Galdácano, 1919: fig. 20

47 *Vid.* nota 36.

48 Análisis parciales de sus materiales los tenemos, entre otros, en CABRÉ AGUILÓ. J. y CABRÉ HERREROS, M.ª E., «La espada de antenas del tipo Alcácer do Sal y su evolución en la necrópolis de la Osera, Chamartín de la Sierra, Ávila», *Homenagem a Martíns Sarmento*, Guimaraes, 1933, pág. 85; LENERZ DE WILDE, M., «Keltische Funde aus Spanien», *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 11 (1981), págs. 315-319; Ídem, «Art celtique et armes ibériques», *Aquitania Supplementum*, 1 (1986), págs. 273-280.

49 Las referencias registrales que nos transmite Quesada son: Museo Cerralbo números 931, 1306-1307 y 1308 (falcatas); 934 (1,2 y 3) (espadas rectas); 1313 (*soliferrum* y *pilum*). El resto de las piezas, un puñal, la jabalina, las dos lanzas y el regatón también las incluye en el inventario del mismo Museo Cerralbo, pero no adjunta referencia alguna de registro (QUESADA SANZ , F., *op. cit.*, nota 36, págs. 844 ss.).

Afortunadamente, hoy contamos con el catálogo fotográfico de Cabré, en el que encontramos las fotografías inventariadas con los números 0568 (figura 6: derecha) y, sobre todo, las 1046 y 1047 (figura 4: arriba, respectivamente), realizadas en los años cuarenta del siglo pasado. De la primera de ellas, solo proviene de Íllora una de las armas, siendo el conjunto una comparativa con otras de diferentes yacimientos: una espada de antenas doblada y otro puñal de frontón. El ejemplar granadino es el mismo de Artiñano (arma figura 6: 5), repetido también en el centro de la imagen 1046 (figura 7); reiteraciones que pueden apreciarse si se comparan todas esas imágenes, pero, a pesar de todo, una simple observación superficial nos permite comprobar que el catálogo analizado por Quesada quizás podría ampliarse significativamente:

No se trata de una aportación novedosa en el *corpus* ya conocido, puesto que las armas son de tipos muy conocidos, sino de un aumento considerable de los objetos que se adjudicaban a la necrópolis de Íllora y que estarían repartidos por varios museos, al margen del conjunto propio del Museo Cerralbo. La repetición de algunos modelos de armas en todo el conjunto ha llevado a confundir el recuento de lo existente y, aunque ello requiera de un análisis pormenorizado y exhaustivo en otro lugar, podemos sentar aquí las bases materiales con las que argumentar este nuevo posicionamiento.

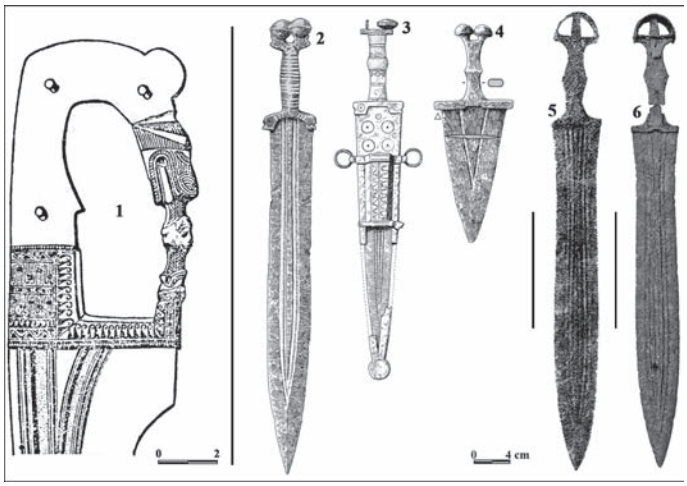


Figura 6. Ajuares metálicos de la necrópolis de Íllora. Según (1) M.ª E. Cabré, 1943: fig. 2,3; (2-4) Schüle 1969: Taf. 83; (5) Artiñano, 1919: fig. 6, centro y (6) © I.P.H.E. Archivo J. Cabré, núm. inv. 0568 (derecha). Las dos últimas imágenes son reproducciones parciales y retocadas de las originales

Como ejemplo de lo que decimos puede servir alguno de los materiales que no pertenecen al grupo de las armas, ni al conjunto realizado en hierro; nos referimos a las fíbulas anulares de bronce que acompañaban a las armas de hierro. Fíbulas que, según Cabré/Artiñano, parecerían solo dos, pero que en las posteriores composiciones de Cabré ascienden a siete (figuras 7-8) [50], si

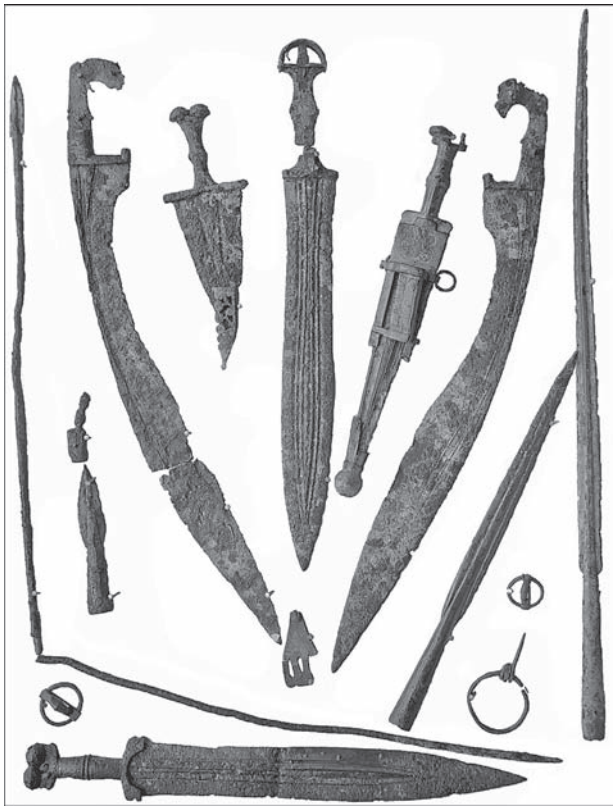


Figura 7. Ajuares metálicos de Íllora, a partir de Cabré 1.046 (© IPHE)

entendemos que los inventarios fotográficos 1046 y 1047 que recogemos en esa imagen no repiten ningún elemento entre sus *ítems* integrantes. Esta multiplicación de los restos de ajuar en la necrópolis ibérica exige un nuevo análi-

50 Aunque en nuestro primer acercamiento a esta necrópolis creímos ver solo seis fíbulas, hoy tendríamos que añadir una más, porque el gran aro metálico de la figura 7, interpretado entonces como un elemento de arreo de caballo, puede clasificarse ahora sin problemas, gracias a las nuevas fotografías, como otra fíbula anular que se reprodujo con la aguja fuera del anillo y sin que conservase el puente.

sis pormenorizado, rastreando los depósitos del Museo Cerralbo y del MAN, donde Cabré realizó una importante labor con aportación de materiales descontextualizados, en especial prerromanos [51].

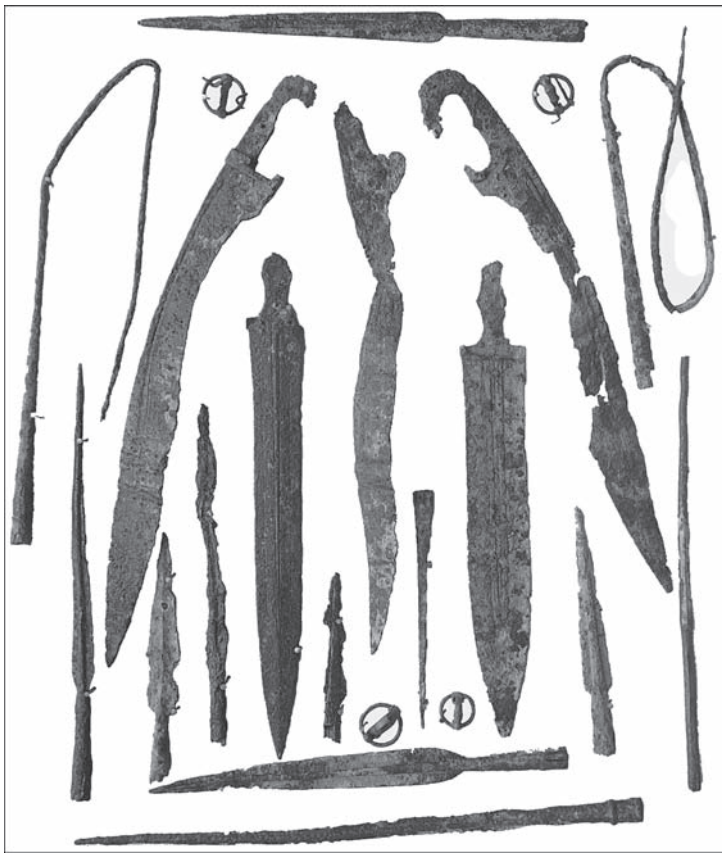


Figura 8. Ajuares metálicos de Íllora, a partir de Cabré 1.047 (© IPHE)

Esas fíbulas son de indudable interés. Muy conocidas en los repertorios materiales de la cultura ibérica, son relativamente frecuentes en los ajuares de sus necrópolis, por lo que el tipo ha sido estudiado monográficamente por Cua-

51 BARRIL VICENTE, M., «Juan Cabré y el Museo Arqueológico Nacional», en J. Blánquez Pérez y B. Rodríguez Nuere (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*, Madrid, 2004, pág. 124.

drado [52]. La peculiaridad de todos los casos que se recogieron en Íllora es que son fíbulas con charnela, un dispositivo que, aplicado al extremo posterior de la aguja en su inserción con el aro, servía de tope e impedía un excesivo giro en evitación de la apertura accidental del imperdible. Algo que pudiera tener alguna relación con el espacio cronológico que podría aplicarse a los ajuares de Íllora. En realidad, ese dispositivo parece relacionarse con las producciones fibulares fundidas o semifundidas, que parecen extenderse entre los siglos IV y I a.C., al menos en la Meseta [53], pero que en Íllora, atendiendo a la fíbula que recogemos en la figura 7 (abajo, derecha) también habría ejemplares que se produjeron totalmente a mano, por lo que podría ampliarse ese arco temporal hasta el siglo V a.C. Si atendemos a las apreciaciones de J. J. Storch, en Andalucía estas fíbulas tendrían solo una supervivencia hasta el siglo II d.C. [54].

Pero, entre las novedades que aporta el catálogo fotográfico de Cabré, encontramos la asociación en Íllora de dos impresionantes vasos cerámicos de fuerte impacto plástico (figura 9), cuya procedencia de la necrópolis ibérica debería ser absoluta, puesto que no existen otros hallazgos que no sean de este origen en los contenidos materiales del marqués de Cerralbo, ni en los fondos de Cabré. Otra historia sería acercarse al contexto cultural y cronológico de los mismos que, incluso, podrían ser ajenos al mundo ibérico.

Sin haber podido analizarlas directamente, estas cerámicas ofrecen un aspecto de manufacturas toscas a mano, por lo que más bien podría tratarse de producciones si no prehistóricas, a caballo entre ese mundo y la civilización ibérica. Pese a todo cabría también atribuirse, especialmente para uno de los vasos (figura 9: izquierda) la posibilidad de que se tratase de una gran vasija de almacenamiento que pudiera haberse utilizado en tiempos más tardíos, también ibéricos, a tenor de que las producciones domésticas muchas veces mantenían presupuestos decorativos, formales y tecnológicos de tiempos anteriores, pasando generación tras generación sin solución de continuidad.

Salvado el caso del recipiente con decoración impresa ramiforme, que mantiene caracteres más propios de la tradición prehistórica (figura 9: derecha), el vaso con la decoración plástica recuerda el uso de motivos estéticos redun-

52 CUADRADO DÍAZ, E., «La fíbula anular hispánica y sus problemas», *Zephyrus*, 8 (1957), Salamanca, págs. 1-79. Para Andalucía, también tenemos un estudio particularizado de sus fíbulas protohistóricas, donde se recogen estos modelos anulares (RUIZ DELGADO, M. M., *Fíbulas protohistóricas de la Península Ibérica*, Pub. de la Univ. de Sevilla, Sevilla, 1989).

53 ARGENTE OLIVER, J. L., *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, EAE, 168, Ministerio de Cultura, Madrid, 1994, pág. 107.

54 STORCH DE GRACIA, J. J., *La fíbula en la Hispania Antigua: las fíbulas protohistóricas del suroeste Peninsular*, Colección Tesis Doctorales, 39/89, Univ. Complutense, Madrid, 1989, pág. 357.

dantes, que se han venido repitiendo hasta tiempos ibéricos en las producciones domésticas: tanto en el caso de manufacturas a torno lento, como incluso a mano; y que, por lo tanto, se conocen en muchos yacimientos ibéricos y tardo-ibéricos de los que, por ejemplo, pueden citarse algunos de los que se prospectaron en los alrededores del yacimiento de Giribaile [55]. Es un fenómeno relativamente frecuente, que hemos podido constatar personalmente en la



Figura 9. Las dos grandes vasijas a mano procedentes de Íllora, a partir de los fotogramas Cabré 0871 y 0872 (© IPHE)

prospección directa que hicimos en el yacimiento granadino del Cerro del Cántaro, para la confección de nuestra memoria de Licenciatura [56]. Pero, en ambos casos, se trata de un cordón aplicado que se dispuso de forma continuada en todo el desarrollo superficial de la vasija, distinto —por tanto— de los cordones segmentados que vemos en Íllora; donde, también, adoptan disposiciones diferentes: desde tramos horizontales en la parte inferior, hasta los curvos y semi-verticales de la parte superior. Igualmente, frente a los ibéricos e iberorromanos, que muestran cordones con una decoración incisa perfectamente cortada y paralela, los cordones de la vasija de Cabré se decoran con digi-

55 GUTIÉRREZ SOLER, L. M., *El oppidum de Giribaile*, Universidad de Jaén, Jaén, 2002, pág. 387.

56 PACHÓN ROMERO, J. A., *El Cerro del Cántaro (Benalúa de las Villas, Granada)*, Memoria de Licenciatura inédita, Univ. de Granada, Granada, 1978, lám. XVI: 5.

taciones [57], que sí sabemos fue un elemento característico de las vasijas con decoración plástica de época tartésica y del Bronce Final [58], pero que no encontramos en los repertorios posteriores ibéricos. Además, los posibles paralelos que se han aducido, de tiempos ulteriores, nunca se realizaron totalmente a mano y sus superficies recibieron un tratamiento grosero. Pero el vaso de Íllora tiene superficialmente un tratamiento diferente, bien alisado, casi con un aspecto bruñido; por lo que la cercanía al ámbito prehistórico es del todo concluyente. Incluso si esto no bastara, las dos vasijas presentan una caracterización tipológica que es claramente antehistórica y, por tanto, totalmente distanciada de los productos que en los siglos siguientes las sustituyeron en las alfarerías indígenas de carácter ibérico.

Aceptando la posibilidad de que una o ambas vasijas correspondan a un momento preibérico o prehistórico, la peculiaridad del hallazgo estribaría en comprender que —pese a todo— es posible una procedencia común de la necrópolis, ya que no es inhabitual en los cementerios ibéricos la superposición de niveles mortuorios, hasta el punto de poder abarcar un periodo muy dilatado de uso de los mismos, fuera incluso de los márgenes temporales ibéricos [59]. Que la necrópolis tuviese sus orígenes en un momento remoto, quizás en el Bronce Final, ampliaría lo conocido sobre la fundación del poblamiento de

57 LADRÓN DE GUEVARA, I., *Aportación al estudio de la cerámica con impresiones digitales en Andalucía*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1994. Sobre la generalidad de las cerámicas de este momento debe consultarse a RUIZ MATA, D., «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico», *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Biblioteca de Urbanismo y Cultura, 14, Ayuntamiento de Jerez, Jerez de la Frontera, 1995, págs. 265-313.

58 MORENA LÓPEZ, J. A., *Las cerámicas tartésicas con decoración incisa y digitada del Monte Horquera (Nueva Carteya, Córdoba)*, Ayuntamiento de Nueva Carteya y Diputación de Córdoba, Cabra, 2000, págs. 43 ss.

59 Así, la necrópolis de Pozo Moro perduró entre el siglo V a.C. hasta el VI d.C. (ALCALÁ-ZAMORA, L., *La necrópolis ibérica de Pozo Moro*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 23, Real Academia de la Historia, Madrid., 2003, págs. 237 ss.); pero existen otros ejemplos en los que los orígenes del uso funerario puede remontarse, al menos, al período de transición entre el Bronce Final a la Edad del Hierro [CHAPA BRUNET, T., PEREIRA SIESO, J., MADRIGAL BELINCHÓN, A. y MAYORAL HERRERA, V., *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*, Arqueología, Monografías, Junta de Andalucía, Sevilla, 1998, págs. 173 ss] . Este último aspecto lo hemos estudiado directamente en la necrópolis de Cerro Alcalá, donde junto a materiales genuinamente del Bronce Final [CARRASCO RUS, J., PACHÓN ROMERO, J. A., PASTOR MUÑOZ, M. y LARA MARTÍN-PORTUGUÉS, I., «Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá (Torres, Jaén)», *Cuad. Preh. Gr.,* 5 (1980), págs. 221-236], también se han reconocido posteriores, hasta momentos ibéricos [PACHÓN ROMERO, J. A., ANÍBAL GONZÁLEZ, C. y CARRASCO RUS, J., «Las cerámicas orientalizantes de Cerro Alcalá (Torres, Jaén) en su contexto», en Pachón Romero, J. A. y Carrasco Rus, J., *Las cerámicas policromas orientalizantes y del Bronce Final, desde la perspectiva granadina*, Biblioteca de Humanidades, Monográfica Arte y Arqueología, 62, Univ. de Granada, Granada, 2005, págs. 127-154. Donde se incluyen todas las referencias bibliográficas sobre esta necrópolis].

Íllora. Por otro lado, estos hallazgos funerarios se integrarían en la serie de yacimientos similares de la provincia de Granada [60], pero que en este territorio podemos circunscribir a las más cercanas de Pinos Puente (antigua *Ilurco*) [61] y Albaicín (*Iliberri*) [62] que, junto a la de Íllora, podríamos relacionar con el territorio económico y político-social, que afectaba a la Vega de Granada y su hinterland más inmediato.

La excelente conservación de estos vasos, sin ninguna rotura y casi completamente intactos, ilustrarían su pertenencia a un ajuar funerario, pues los hallazgos provinientes de espacios de hábitat representan casi siempre recuperaciones fragmentarias o, en cualquier caso, rotas y muy diferentes al grado de conservación que las vasijas de Íllora muestran. Este hecho es tan importante que permite asociarlas con el resto de los ajuares funerarios metálicos conocidos, y plantear la existencia de un ámbito necropolar de amplio espectro como el que acabamos de dibujar. Igualmente, la correspondencia con un poblado cercano permite vislumbrar un asentamiento desconocido, pero que, en función de lo que ya sabemos de su posible necrópolis, aludiría a un hábitat semejante a los que se han investigado en el Cerro de los Infantes [63], el Albaicín [64] o el Cerro de la Mora [65]. Asentamiento que esperemos poder conocer en breve tiempo.

60 *Vid.* nota 29, además de ADROHER AROUX, A., LÓPEZ MARCOS, A. y PACHÓN ROMERO, J. A. (2002), *Granada Arqueológica: La Cultura Ibérica*, Los libros de la Estrella, 11, Diputación Provincial, Granada., 2002, págs. 46, 97-105; PEREIRA SIESO *et alii.*, nota 8.

61 V*id*. nota 40 y PACHÓN ROMERO, J. A. y PASTOR MUÑOZ, M., «Túmulos protohistóricos en la provincia de Granada», *Revista de Arqueología*. 154 (1994), págs. 24-29.

62 ARRIBAS PALAU, A., «La necrópolis bastetana del Mirador de Rolando», *Pyrenae, 3* (1967), págs. 67-105. A lo que habría que añadir la última exploración en ese mismo sitio, donde se recoge la única intervención de campo existente en este yacimiento (PASTOR MUÑOZ, M. y PACHÓN ROMERO, J. A., «El Mirador de Rolando (Granada): una prospección con sondeos estratigráficos. Agosto de 1990", *Florentia Iliberritana*, 2 (1991), págs. 377-399.

63 *Vid.* PEINADO SANTAELLA, R. G. (Ed.), *op. cit.,* nota 21, donde se encontrará toda la referencia científica sobre el poblado excavado en este yacimiento.

64 ADROHER AROUX, A. y LÓPEZ LÓPEZ, M., «Iliberri: origen y desarrollo de la ciudad ibero-romana de Granada», en Martínez Medina, J. (Ed.), *Jesucristo y el emperador cristiano,* Córdoba, 2000, págs. 443-463; ADROHER AROUX, A. y LÓPEZ MARCOS, A., *Excavaciones arqueológicas en el Albaicín (Granada), I. El Callejón del Gallo (Estudios sobre la ciudad ibérica y romana de Iliberri),* Fundación Albaicín, Granada, 2001.

65 PACHÓN ROMERO, J. A., PASTOR MUÑOZ, M. y CARRASCO RUS, J., «Los problemas de transición en las sociedades protohistóricas del sureste. El Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada)», *II Congreso d Arqueología Peninsular, III. Primer Milenio y Metodología,* Univ. de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques, Madrid, 1999, págs. 129-140.